

El mundo que alumbró el Concilio

El Concilio Vaticano II, uno de los hechos históricos más trascendentes del siglo xx, compartió tiempo con otras realidades tan influyentes como la democratización del capitalismo y el comunismo, la revolución contracultural, el movimiento hippie o el nacimiento del feminismo.



PABLO PÉREZ
Catedrático de Historia contemporánea de la Universidad de Navarra

PARA TRAZAR UNA PANORÁMICA DEL poder terrenal en tiempos del Concilio Vaticano II, se hace inevitable la simplificación en tres puntos: las relaciones internacionales y la vida en los dos grandes centros de poder, el estadounidense y el soviético.

Dos hechos dominaban la escena mundial después de la Segunda Guerra Mundial: la descolonización y la Guerra Fría. Ambos hacían referencia al declive de Europa. Los viejos imperios, en retirada, habían dejado un vacío que ahora cubrían nuevos países, cortejados por Estados Unidos y la Unión Soviética, atareados en construir sus propios imperios.

Entre la convocatoria del Concilio y su comienzo (1959-1962), veintiún nuevos países alcanzaron la independencia, lo que supuso una media de siete nuevos estados al año. Durante el transcurso del propio Concilio (1962-1965) diecisiete países más culminaron su independencia. De los treinta y ocho nuevos estados, treinta y uno habían sido colonias europeas en África.

Por otra parte, sucesos como el fiasco del Canal de Suez o la represión contra la revolución en Hungría, en 1956, confirmaban una pérdida patente de poder internacional por parte de los europeos. Todo esto hizo necesario repensar Europa y renovar sus proyectos. Así se explica, por ejemplo, que en 1957 se firmaran los tratados de Roma para reformar o fundar las Comunidades Europeas, apoyadas en un eje franco-alemán, cuestión que también arroja luz sobre la historia del propio Concilio.

Pero el hecho más espectacular sucedió al comienzo del Concilio. El 14 de octubre de 1962 un avión espía norteamericano documentaba la presencia de misiles nucleares en la isla de Cuba. Al día siguiente se desencadenaba una crisis internacional que colocó al Planeta al borde de una contienda nuclear. Mientras los padres conciliares vivían la primera sesión de la asamblea, las fuerzas armadas norteamericanas alcanzaron su máxima alerta desde la Segunda Guerra Mundial.



Ilustración Pedro Perles

De forma simultánea al episodio cubano, se desencadenó otro conflicto que terminaría en tragedia. La Administración estadounidense concluyó que debía establecer en Vietnam una línea de resistencia al avance comunista para evitar un efecto dominó que entregara Asia a sus manos. Entonces, su complejo de superioridad les hizo creer que bastaba desearlo para conseguirlo. El apoyo a Vietnam del Sur y a Laos —primero político y económico y después militar— se dirigió con una torpeza que generó una escalada de despropósitos y violencia. En 1963 Washington apoyó en Vietnam un golpe de Estado que empeoró las cosas. Un año después, un incidente naval sirvió para justificar las primeras operaciones aéreas. Finalmente, en 1965 comenzaron los bombardeos y el desembarco de *marines*.

Otros acontecimientos graves que afectaron a las superpotencias durante el Concilio estuvieron de algún modo vinculados con sus relaciones exteriores. En noviembre de 1963 **Kennedy** murió en Dallas. En octubre de 1964 una reunión del Politburó soviético destituyó de su puesto al frente de la URSS a **Jruschov**. La sola mención de ambos hechos nos traslada al momento de intenso cambio en que se vivieron.

LA VIDA EN EL GIGANTE NORTEAMERICANO. Aunque existieran proyectos de renovación europea, la realidad mostraba que el liderazgo del mundo libre estaba en manos norteamericanas. Desde luego, en cultura material, pero también en el ámbito científico, artístico y literario. Los estándares de bienestar aspiraban a imitar el modelo estadounidense, con los automóviles y los electrodomésticos como elementos que fundamentaban un nuevo modo de vida. Música y cine eran también los protagonistas del entretenimiento de la sociedad de consumo, y tenían en las modas americanas su punto de referencia. Hasta los *Beatles*, otro fenómeno contemporáneo al Concilio, debieron pasar por una gira en Estados Unidos para triunfar.

Los treinta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se vivieron en el gigante norteamericano con la esperanza de conquistar todos los días un futuro mejor. Las maravillas tecnológicas y científicas que les habían llevado a la victoria militar —y económica—, incluida la bomba atómica, deberían llevarlos también a imponerse sobre los viejos enemigos de los hombres: enfermedad, ignorancia, pobreza, desigualdad, injusticia... Era una nueva fe, de matriz materialista, aunque de momento se difundiera en

La palabra estandarte del nuevo pensamiento fue «alternativa», y su gesto por antonomasia, la rebeldía. A ser posible, provocativa y ruidosa.

un país donde la religión tenía enorme aceptación. Los años cuarenta y cincuenta trajeron esfuerzo y trabajo duro, pero confirmaron las grandes expectativas suscitadas por la victoria. La riqueza y el bienestar crecieron de forma impresionante y casi generalizada. La sociedad del consumo y el entretenimiento parecía no tener límite. Se miraba al presente con complacencia, y al futuro con optimismo.

No obstante, el periodo entre los años 1957-1960 también fue escenario del crecimiento de un descontento cultural que ponía en entredicho los estándares de vida de la clase media americana. La llamada «generación *beat*» de escritores fue quizá la representante más señalada de ese malestar vital. Su estilo rupturista y transgresor, y la idea de que era preciso encontrar nuevos caminos para salir de un modo de vida hipócrita y vacío, fueron compartidos por sectores cada vez más amplios. Sobre todo, entre minorías ilustradas y jóvenes. Se trataba de una nueva vuelta de tuerca en la aspiración a gozar de la sociedad perfecta. Solo que ahora el afán de cambio llegaba cargado de una furia iconoclasta que amenazaba con derrumbar algunos de los pilares considerados como un logro.

La constatación de la pervivencia de lacras sociales y morales en la sociedad más rica y poderosa del mundo llevó a algunos a denunciar como hipócritas a quienes no se empeñaron en eliminarlas. Porque seguía habiendo mucha discriminación racial en Estados Unidos, y pobreza, marginación, corrupción política... Opresión en su política exterior, doblez en las costumbres, y una insoportable sensación de aburrimiento y falta de autenticidad en

la vida de muchos. También una economía que precisaba reformas y la necesidad de una mayor verdad e igualdad. Todas esas denuncias, basadas en hechos, fueron adquiriendo tonos más altos a finales de los cincuenta.

La palabra estandarte del nuevo pensamiento fue «alternativa»; y su gesto por antonomasia, la rebeldía —a ser posible, provocativa y ruidosa—. Cabría resumir así la nueva actitud: existía otro camino más auténtico hacia el paraíso, y la nación más poderosa del mundo podía y debía andarlo. No se negaba la posibilidad de construir un mundo perfecto, pero no coincidía con lo que se estaba levantando hasta entonces. Debía construirse de otra forma, y cuanto antes. Había que liberarse de los falsos miedos, propios de la moral hipócrita, que habían encorsetado la vida de la gente. Era hora de proclamar la autoliberación de los norteamericanos. La auténtica y definitiva.

El uso de drogas, la llamada a la rebelión y a una especie de apocalipsis que permitiera alumbrar un nuevo mundo constituyeron el mensaje de la nueva literatura y la nueva música, y sus autores o intérpretes no dudaron en dar ejemplo. El cine prosiguió la estela de la novela, que había comenzado a explorar una nueva manera de hablar del sexo, provocadora, ajena a cualquier contención.

LA ANTESALA DE LA «REVOLUCIÓN» CONTRACULTURAL. Esto era el prelude de lo que se viviría en los años sesenta, cuando un auténtico maremoto sacudió la cultura americana. Aquí solo mencionaremos sus grandes capítulos. En primer lugar, la lucha contra el racismo —el famoso discurso de **Martin Luther King Jr.**, *I Have a Dream*, data de agosto de 1963—, contra la pobreza —en su propio país y en el mundo—, la reivindicación de un nuevo modelo económico —atento a la dimensión humana de los

La revolución del mundo de la empresa anticipó los valores de la contracultura y se alió con ella para alcanzar su objetivo número uno: vender más.

trabajadores, no solo a la producción y al beneficio del capital— la reivindicación del cuidado del medio ambiente y, por último, y más importante: la denuncia, dura y radical, del papel que ocupaba la mujer en la vida social, exigiendo para ella una nueva posición de la mano de un feminismo que empujaba a la equiparación con lo masculino, también en el terreno sexual.

Desde 1960 la química se alió en este terreno con la ideología, facilitando mediante la píldora anticonceptiva un comportamiento sexual de las mujeres separado del horizonte de la maternidad. Justo equiparable del que se entendía, con cierta razón, que era común a muchos hombres.

El cambio cultural más neto invadió la conducta sexual de los jóvenes. El escenario privilegiado fue el modo de vida en los campus universitarios, proclamado como insignia de esa generación en los grandes conciertos, convertidos en emblema del movimiento contracultural.

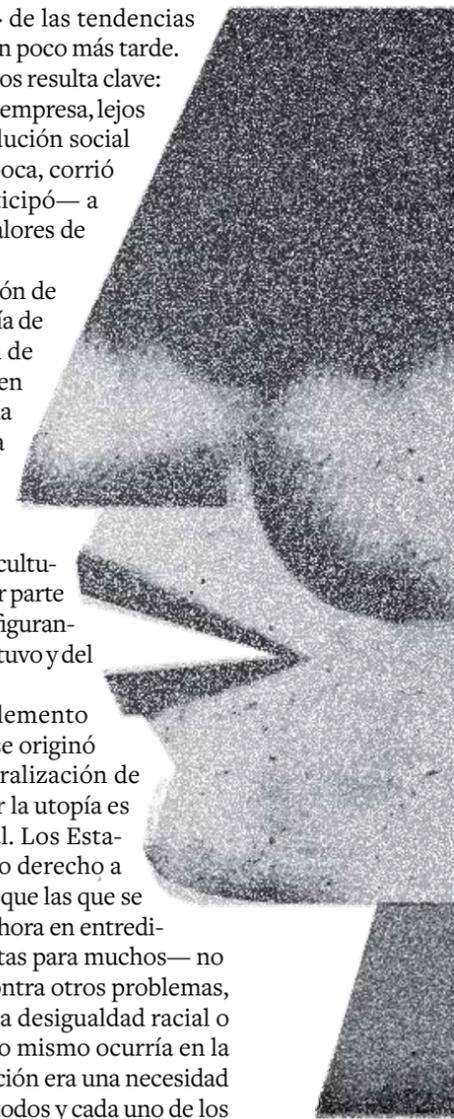
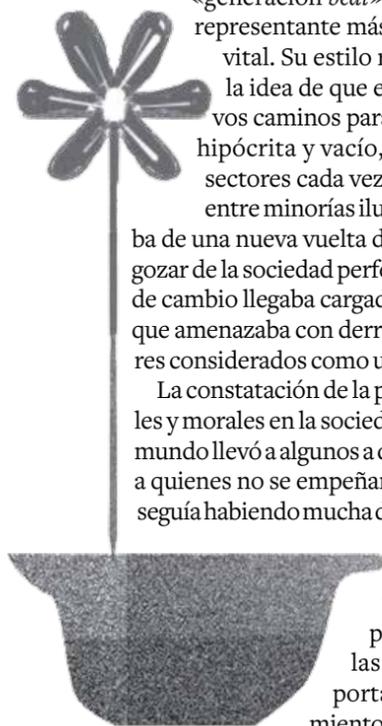
¿Pero cómo era posible que la pretendida revuelta contra el apoltronamiento materialista hubiera conducido a un materialismo todavía mayor? La respuesta puede hallarse en que al considerar la cultura comercial, o “capitalista”, como opuesta a la cultura alternativa, se estaba cometiendo un grave error. Realmente sucedió lo contrario. La revolución del mundo de la empresa anticipó los valores de la contracultura y se alió con ella para alcanzar su objetivo número uno: vender más. Como se escribió en 1967: «después de despreciar los valores de la clase media, los *hippies* los disfrutaban sin sentirse culpables».

Los vendedores lo habían comprendido antes que nadie. A mediados de los sesenta los empresarios buscaban formas de reorganizar la empresa y dinamizar las ventas. Hacía tiempo que la teoría empresarial dominante había mostrado su agotamiento. Urgía un cambio..., y cuando lo encontraron resultó que

venía «como anillo al dedo» de las tendencias inconformistas que triunfaron poco más tarde. La concatenación de los hechos resulta clave: la revolución del mundo de la empresa, lejos de oponerse a la mayor revolución social que se produjo en aquella época, corrió paralela —cuando no se anticipó— a los impulsos de los nuevos valores de la contracultura.

De este modo, «la generación de la protesta» alcanzó la mayoría de edad como una «generación de superconsumidores». Eso sí, en nombre de la rebeldía contra la sociedad de consumo, como la nueva publicidad se encargaba de recordarles. El mundo de los negocios amplificó el efecto del movimiento contracultural y facilitó su asimilación por parte de millones de personas, configurando otra razón del éxito que obtuvo y del efecto social que produjo.

Resta por analizar otro elemento importante del cambio que se originó en los años sesenta: la generalización de la difusa idea de que alcanzar la utopía es un derecho personal y social. Los Estados Unidos seguían teniendo derecho a ganar guerras, pero mientras que las que se libraban con armas estaban ahora en entredicho —o francamente mal vistas para muchos— no ocurría así con las guerras contra otros problemas, como el cáncer, la pobreza, la desigualdad racial o la discriminación sexual. Y lo mismo ocurría en la vida personal: la autosatisfacción era una necesidad y un derecho inexcusable de todos y cada uno de los



Los éxitos de la patria del proletariado no iban por el lado de la libertad, sino por el de los logros técnicos, la influencia política y la propaganda.

ciudadanos. Como es lógico, los políticos, por más que pretendieron librar y ganar esos combates, se vieron desbordados. La frustración política tenía un motivo más para continuar con su expansión.

Solo se dio un resultado no pretendido por la ofensiva contracultural. Gran parte de los norteamericanos tenía poco que ver, cuando no nada, con los contestatarios, de modo que este movimiento abrió una brecha profunda que dividió en dos la sociedad americana con unos criterios que tuvieron eco mundial. También alcanzaron el ámbito del Concilio, en gran medida porque se convirtieron en parte del universo mental de los periodistas que informaron sobre el evento.

LA ALTERNATIVA SOCIALISTA. En el mundo alternativo socialista los cambios fueron menos intensos que en el mundo libre. El control ideológico apenas dejaba espacio para novedades. La segunda mitad de los cincuenta estuvo marcada por los efectos de la desestalinización, mal interpretada por algunos como el comienzo de un periodo de apertura, según demostraría la represión ejercida en Polonia y Hungría en 1956.

En la URSS, las discretas mejoras económicas permitieron que algunas familias dejaran de compartir piso, trayendo consigo un incremento de la libertad de expresión. La publicación en 1962 de *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Aleksandr Solzhenitsyn, fue un hito en la apertura del sistema..., rectificado muy pronto. En el ámbito religioso, en cambio, la represión nunca decayó. **Jruschov** ordenó la demolición de cientos de iglesias por todo el país.

Los éxitos de la patria del proletariado no iban por el lado de la libertad, sino por el de los logros técnicos,



la influencia política y la propaganda. El primero de ellos se simbolizó a través de la carrera espacial, donde tomaron la delantera con el lanzamiento del primer satélite artificial, el Sputnik, en 1957; y el vuelo del primer cosmonauta, **Yuri Gagarin**, en 1961. Respecto a la influencia política en los nuevos países, el socialismo se convirtió en la ideología de moda en los frentes de liberación nacional de muchas viejas colonias. En este caso el símbolo por antonomasia fue Cuba. Su adhesión a la órbita soviética se vio como la confirmación de que el mundo caminaba hacia el socialismo.

Precisamente entonces se produjo una fractura que marcó la historia de los países comunistas. Tras la muerte de **Stalin**, **Mao** se había mostrado cada vez más displicente con respecto a Moscú. El chino intentó convencer a los soviéticos de que convenía prolongar la Guerra de Corea y utilizar armamento nuclear para ganarla. Al no conseguirlo, rompió las relaciones con Moscú. El distanciamiento con la URSS creció y se transformó en competencia internacional cuando **Mao** diseñó un programa de refuerzo del poderío chino. La idea se concretó a finales de los cincuenta y dio lugar a la política del «Gran salto adelante», que perseguía reforzar la potencia industrial y liberar recursos para financiar una ayuda exterior que sirviera para captar clientes en el mundo. Sus consecuencias en la población fueron devastadoras. La «gran hambruna» provocó la muerte de cerca de cuarenta millones de personas entre 1958 y 1961. Nada de esto se conoció en el extranjero a causa del férreo control informativo. Por el contrario, el prestigio de China creció en estos años, tanto en países comunistas como no comunistas —quizá con la excepción de la URSS—, gracias a una propaganda hábil.

Los norteamericanos vivían con una expectativa de progreso tan alta que durante la presidencia de John F. Kennedy se conocía a la Casa Blanca como Camelot.

No obstante, a comienzos de los sesenta **Mao** pasó por uno de los momentos más difíciles de su mandato cuando estuvo a punto de ser expulsado del poder por quienes denunciaron el sufrimiento de la gran hambruna. El «Gran timonel» sorteó la tormenta y devolvió el golpe a sus adversarios en la purga de la «Revolución cultural». Sin embargo, algunos en Occidente tenían una visión particular de estos hechos. Hubo grupos alternativos que se declararon maoístas y no faltaron en el postconcilio los grupos católicos que entendieron el maoísmo como el camino hacia la auténtica evangelización o como un motivo renovador. Si el mundo daba pasos hacia el socialismo, el mundo cristiano no podía perder el tren del futuro, por la vía soviética o por la china.

EL TONO DE UN TIEMPO. Como todo momento histórico, este tuvo luces y sombras, pero si hubiera que resaltar algo es que muchos pensaban estar construyendo un mundo nuevo, joven, renovado y violento, y a la vez muy esperanzado, convencido de que alcanzaría lo que nunca antes se había logrado, aunque fuera mediante la violencia.

Los norteamericanos, por su parte, vivían con una expectativa de éxito tan alta, que durante la presidencia de **Kennedy** los periodistas se referían a la Casa Blanca como Camelot. La dureza del poder político aparecía envuelta en un halo de *glamour* tal, que hasta el culto tecnológico más pragmático aparecía como benévolo. En el otro polo, la revolución socialista

abría un nuevo y prometedor camino hacia la libertad, garantizado por sus logros tecnológicos y sociales desde Moscú o desde Pekín. A su alrededor, a medida que desaparecían los viejos imperios, los nuevos países conquistaban la libertad y con ella creían ganar su futuro. Todo parecía mirar hacia adelante. Los hombres habían conseguido incluso surcar el espacio exterior. Ya se podía alcanzar la luna mediante cohete interpuesto. Y lo que era un verdadero avance para todos: la tecnología traía a sus casas esas joyas democráticas llamadas electrodomésticos.

Por si eso fuera poco, las nuevas tendencias contraculturales y políticas aseguraban que abrirían el camino hacia el final de todos los problemas, ya fueran la pobreza, la discriminación racial, cualquier desigualdad o la molesta sensación de que el placer debiera estar limitado. La operación para desterrar del mundo el mal parecía entrar en sus últimas fases. Para colmo, la vida feliz que se prometía auguraba también un florecimiento del comercio.

Un mundo mejor estaba al alcance de la mano, especialmente para los que no se conformasen con otro peor y caduco del que había que desprenderse. Solo era cuestión de desearlo con suficiente fuerza. No faltó entusiasmo, ni en los deseos ni en los medios para intentar alcanzarlo. 🗣️

El texto resume la ponencia presentada en el simposio «En torno al Concilio Vaticano II [...]», organizado en 2013 por las Facultades Eclesiásticas de la Universidad de Navarra.